
LIBRO SEXTO.

Religion de los Mexicanos, esto es, sus dioses, templos, sacerdotes, sacrificios y obla-
ciones; sus ayunos y su austeridad; su cronología, calendario y fiestas; sus ritos en el
nacimiento, en el casamiento y en las exequias.

DOGMAS RELIGIOSOS.

LA religion, la política y la economía, son los tres elementos que forman prin-
cipalmente el carácter de una nacion; de modo que sin conocerlos, es imposi-
ble tener una idea exacta del génio, de las inclinaciones y de la ilustracion que
la distinguen. La religion de los Mexicanos, de que voy á tratar en este libro,
era un tejido de errores, de ritos supersticiosos y crueles. Semejantes flaquezas
del espíritu humano, son inseparables de un sistema religioso que tiene su ori-
gen en el capricho ó en el miedo, como lo vemos aun en las naciones más cul-
tas de la antigüedad. Si se compara, como yo lo haré en otra ocasion, la reli-
gion de los Mexicanos con la de los griegos y romanos, se hallará que ésta es
más supersticiosa y ridícula; aquella, más bárbara y sanguinaria. Aquellas cé-
lebres naciones de la antigua Europa, multiplicaban excesivamente sus dioses
á causa de la desventajosa idea que tenian de su poder; reducian á estrechos
límites su imperio; les atribuian los crímenes más atroces, y solemnizaban su
culto con execrables impurezas, que con justa razon censuraron los padres del
cristianismo. Los númenes de los Mexicanos eran ménos imperfectos, y en su
culto, aunque supersticioso, no intervenia ninguna accion contraria á la hones-
tidad.

Tenian alguna idea, aunque imperfecta, de un Sér Supremo, absoluto, inde-
pendiente, á quien creian debia tributarse adoracion y temor. No tenian figura
para representarlo, porque lo creian invisible, ni le daban otro nombre que el
genérico de *Dios*, que en su lengua es *Teotl*, algo más semejante en el sentido
que en la pronunciacion, al *Theos* de los griegos; pero usaban de epítetos su-

mamente expresivos para significar la grandeza y el poder de que lo creían dotado. Llamábanlo *Ipalnemoani*, esto es, aquel por quien se vive; y *Tlôque Nahûdque*, esto es, aquel que tiene todo en sí. Pero el conocimiento y el culto de esta Suma Esencia, estaban oscurecidos por la multitud de nûmenes que inventó su superstición.

Creían que había un espíritu maligno, enemigo del género humano, al que daban el nombre de *Tlacatecolotl*, ó ave nocturna racional, y decían muchas veces que se dejaba ver de los hombres, para hacerles daño ó espantarlos.

Acerca del alma, los bárbaros Otomites creían, segun dicen, que se extinguía con el cuerpo; pero los Mexicanos y las otras naciones de Anáhuac, que habian salido del estado de barbarie, la creían inmortal; aunque atribuian este mismo don al alma de las béstias, como veremos cuando tratemos de sus ritos fúnebres.

Tres lugares distinguían para las almas separadas de los cuerpos. Creían que las de los soldados que morían en la guerra, las de los que caían en manos de los enemigos y las de las mujeres que morían de parto, iban á la casa del sol, que llamaban señor de la gloria, y allí tenían una vida llena de delicias: que cada día al salir el sol, lo festejaban con himnos, bailes y música, y lo acompañaban hasta el zenit, donde le salían al encuentro las almas de las mujeres, y con las mismas demostraciones de alegría, lo conducían al Ocaso. Si la religión no tuviese otro objeto que el servir á la política, como se lo imaginan neciamente algunos incrédulos de nuestro siglo, no podían aquellas naciones haber inventado un dogma más oportuno para dar brío á los soldados, que el que les aseguraba tan relevante galardón despues de la muerte. Añadían que despues de cuatro años de aquella vida gloriosa, pasaban los espíritus á animar las nubes, los pájaros de hermoso plumaje y canto dulce, quedando desde entónces en libertad de subir al cielo y bajar á la tierra, á cantar y á chupar flores. Los Tlaxcaltecas creían que todas las almas de los nobles animaban despues pájaros hermosos y canoros, y cuadrúpedos generosos; que las de los plebeyos pasaban á los escarabajos y á otros animales viles. Así pues, el insensato sistema de la trasmigración pitagórica, que tanto se propagó y arraigó en los países de Oriente, tuvo tambien sus partidarios en el Nuevo-Mundo.¹ Las almas de los que morían heridos por un rayo, ó ahogados, ó de hidropesía, tumores, llagas y otras dolencias de esta especie, como tambien las de los niños, ó al ménos las de los sacrificados á *Tlaloc*, dios del agua, iban, segun los Mexicanos, á un sitio fresco y ameno, llamado *Tlalocan*, donde residía aquel nûmen, y donde tenían á su disposición toda especie de placeres y de manjares delicados. En el recinto del templo mayor de México, había un sitio donde creían que en cierto día del año asistían invisibles todos aquellos niños. Los Mixtecas estaban persuadidos de que una gran cueva que había en una montaña altísima de su provincia, era la puerta del paraíso; por lo que todos los señores y nobles se hacían sepultar en aquellas inmediaciones, á fin de estar más cerca del sitio de las delicias eternas. Finalmente, el lugar destinado para los que morían de otra cualquiera manera, se llamaba *Mictlan*, ó infierno, lugar oscuroísimo, donde reinaba un dios llamado *Mictlanteuctli*, ó señor del infierno, y una diosa llamada *Mictlancihuatl*. Segun mis conjeturas, colocaban este infer-

¹ ¿Quién creería que una opinión tan añeja y tan absurda, fuese promovida por un filósofo cristiano, en el centro del cristianismo y en el ilustrado siglo XVIII? Sin embargo, no hace mucho que la ha sacado á relucir un francés, en un libro publicado en París, con el título extravagante de *Año de 2440*. A tales excesos conduce la libertad de pensar en materia de religión.

no en el centro de la tierra;¹ pero no creían que las almas sufriesen allí otro castigo, sino el de la oscuridad.

Tenían los Mexicanos, como todas las naciones cultas, noticias claras, aunque alteradas con fábulas, de la creación del mundo, del diluvio universal, de la confusión de las lenguas, de la dispersión de las gentes, y todos estos sucesos se hallan representados en sus pinturas.² Decían que habiéndose ahogado el género humano en el diluvio, solo se salvaron en una barca un hombre llamado *Coxcox* (á quien otros dan el nombre de *Teocipactli*) y una mujer llamada *Xochiquetzal*; los cuales, habiendo desembarcado cerca de una montaña, á que dan el nombre de *Collhuacan*, tuvieron muchos hijos, pero todos mudos, hasta que una paloma les comunicó los idiomas desde las ramas de un árbol, tan diversos, que no podían entenderse entre sí. Los Tlaxcaltecas decían que los hombres que escaparon del diluvio, quedaron convertidos en monas, pero poco á poco fueron recobrando el habla y la razón.³

Entre los dioses particulares adorados por los Mexicanos, que eran muchos, aunque no tantos como los de los romanos, los principales eran trece, en cuyo honor consagraron este número. Expondré, acerca de estas divinidades y de las otras de su creencia, lo que he encontrado en la mitología mexicana, sin hacer caso de las magníficas conjeturas, ni del fantástico sistema de Boturini.

DIOSES DE LA PROVIDENCIA Y DEL CIELO.

Tezcatlipoca. Este era el dios mayor, que en aquellos países se adoraba despues del dios invisible, ó Sér Supremo, de quien ya he hablado. Su nombre significa *espejo reluciente*, y su idolo tenía uno en la mano. Era el dios de la providencia, el alma del mundo, el criador del cielo y de la tierra y el señor de todas las cosas. Representábanlo jóven para dar á entender que no envejecía nunca, ni se debilitaba con los años. Creían que premiaba con muchos bienes á los justos y castigaba á los viciosos con enfermedades y otros males. En las esquinas de las calles había asientos de piedra, para que este dios descansase cuando quisiese, y á ninguno era lícito sentarse en ellos. Decían algunos que había bajado del cielo por una cuerda hecha de telarañas; que había perseguido y arrojado de aquel país á Quetzalcoatl, gran sacerdote de Tula, que despues fué colocado tambien en el número de los dioses.

Su principal idolo era de *teotell* (piedra divina), que es una piedra negra y reluciente, semejante al mármol negro, y estaba vestido de gala. Tenía en las orejas pendientes de oro, y del labio inferior le colgaba un cañoncillo de cristal, dentro del cual había una plumilla verde ó azul, que á primera vista parecía una joya. Sus cabellos estaban atados con un cordón de oro, del que pendía una oreja del mismo metal con ciertos vapores ó humos pintados, y éstos, segun su interpretación, eran los ruegos de los afligidos. El pecho estaba cu-

¹ El Dr. Sigüenza creyó que los Mexicanos situaban el infierno en la parte septentrional del globo, porque la palabra *mictlampa* quiere decir *hacia el Norte*, como si dijeran *hacia el infierno*; pero mi opinión es que lo situaban en el centro de nuestro planeta, aunque quizás había entre ellos diversos pareceres acerca de la situación de aquel lugar.

² Lo que decían del diluvio está representado en una figura que daré despues, copia de una pintura original mexicana.

³ Los que deseen conocer las creencias de los Mixtecas y de otras naciones americanas, acerca de la creación del mundo, lean lo que escribe el P. Gregorio García, dominicano, en su obra intitulada: *Origen de los Indios*.

bierto de oro macizo. En ambos brazos tenia brazaletes de oro; en el ombligo una esmeralda y en la mano izquierda un abanico, tambien de oro y de hermosas plumas, tan brillante que parecia un espejo, con lo que denotaban que aquel dios veía todo lo que pasaba en el mundo. Otras veces, para simbolizar su justicia, lo representaban sentado en un banco, circundado de un paño rojo, donde estaban figurados cráneos y huesos humanos, teniendo en la mano izquierda un escudo con cuatro flechas y la diestra levantada en actitud de lanzar un dardo; el cuerpo pintado de negro y la cabeza coronada de plumas de codorniz.

Ometeuctli y *Omecihuatl*.¹ Esta era una diosa y aquel un dios, que segun ellos, habitaban en el cielo, en una ciudad gloriosa y abundante de placeres, desde donde velaban sobre el mundo y daban á los mortales sus respectivas inclinaciones: *Ometeuctli* á los hombres y *Omecihuatl* á las mujeres. Contaban que habiendo tenido esta diosa muchos hijos en el cielo, dió á luz en un parto un cuchillo de pedernal; con lo que indignados los hijos, lo echaron á la tierra, y al caer, nacieron de él mil y seiscientos héroes, que, noticiosos de su noble origen, y viéndose sin nadie que los sirviese, por haber perecido todo el género humano en una gran calamidad,² convinieron en enviar una embajada á su madre, pidiéndole el don de crear hombres para su servicio. La madre respondió que si tuviesen pensamientos más nobles y más elevados, procurarian hacerse dignos de vivir eternamente con ella en el cielo; mas pues gustaban de vivir en la tierra, acudiesen á *Mictlanteuctli*, dios del infierno, y le pidiesen algun hueso de muerto, del cual, regándolo con su propia sangre, sacarian un hombre y una mujer, que despues se multiplicarian; pero que se guardasen de *Mictlanteuctli*, pues podria arrepentirse despues de haberles dado el hueso. En virtud de las instrucciones de su madre, fué *Xolotl*, uno de aquellos héroes, al infierno, y habiendo obtenido lo que deseaba, se echó á correr hácia la superficie de la tierra: con lo que indignado el númen infernal, corrió tras de él; pero no pudiendo darle alcance, se volvió al infierno. *Xolotl* tropezó en su precipitada fuga, dió una caida y el hueso se rompió en pedazos desiguales. Recogiólos, y siguió corriendo hasta el punto en que lo aguardaban sus hermanos, los cuales pusieron aquellos fragmentos en una vasija, y los regaron con la sangre que sacaron de diferentes partes de sus cuerpos. Al cuarto día se formó un niño, y continuando los riegos de sangre por otros tres días, al fin de ellos se formó una niña. Los dos fueron entregados al mismo *Xolotl*, quien los crió con leche de cardo. De este modo creían que se había hecho aquella vez la reparacion del género humano. De aquí tuvo origen, segun ellos afirman, el uso de sacarse sangre de varias partes del cuerpo, que era tan comun en aquellas naciones; y la desigualdad de los pedazos del hueso, era, en su opinion, la causa de las diferentes estaturas en los hombres.

Cihuacohuatl, ó mujer sierpe, llamada tambien *Quilastli*. Creían que esta era la primera mujer que había tenido hijos, y que paria siempre mellizos. Gozaba de alta jerarquía en la clase de diosa, y decían que se dejaba ver muchas veces llevando en los hombros un niño en una cuna.

¹ Daban tambien á estos dioses los nombres de *Citlallatonac* y *Citlalicui*, á causa de las estrellas.

² Aquellos pueblos creían que la tierra había padecido tres calamidades universales, en las que habían perecido todos los hombres.

APOTEOSIS DEL SOL Y DE LA LUNA.

Tonatiuh y *Meztl*, nombres del sol y de la luna, divinizados por aquellas naciones. Decían que reparado y multiplicado el género humano, cada uno de los mencionados héroes ó semidioses, tenia sus servidores y partidarios: que habiéndose extinguido el sol, se reunieron todos ellos en Teotihuacan, en redor de un gran fuego, y dijeron á los hombres, que el primero de ellos que se echase á las llamas, tendria la gloria de ser convertido en sol. Arrojóse inmediatamente á la hoguera un hombre más intrépido que los otros, llamado *Nanahuatzin*, y bajó al infierno. Quedaron todos en expectacion del éxito, y entretanto los héroes hicieron una apuesta con las codornices, con las langostas y con otros animales, sobre el sitio por donde debía salir el nuevo sol; y no habiendo podido adivinarlo aquellos animales, fueron sacrificados. Nació finalmente el astro por la parte que despues se llamó *Levante*, pero se detuvo á poco rato de haberse alzado sobre el horizonte; lo que observado por los héroes, mandaron decirle que continuase su carrera. El sol respondió que no lo haria, hasta verlos á todos muertos; noticia que les ocasionó tanto miedo, como pesadumbre: por lo que uno de ellos, llamado *Citli*, tomó el arco y tres flechas, de que le tiró una; pero el sol, inclinándose, la evitó. Disparó las otras dos, pero no llegó ninguna. El sol entónces, irritado, rechazó la última flecha contra *Citli* y se la clavó en la frente, de cuya herida murió de allí á poco. Conternados los otros con la desgracia de su hermano, y no pudiendo hacer frente al sol, se determinaron á morir por manos de *Xolotl*, el cual, despues de haber abierto el pecho á todos, se mató á sí mismo. Los héroes, ántes de morir, dejaron sus ropas á sus servidores, y aun despues de la conquista de los españoles se hallaron unas mantas viejas, que los indios tenían en gran veneracion, por creer que las habían heredado de aquellos famosos personajes. Los hombres quedaron muy tristes por la pérdida de sus señores. El dios *Tezcatlipoca* mandó uno de ellos que fuese á la casa del sol, y de allí trajese música para celebrar sus propias fiestas, y le dijese que para cierto viaje que el sol debía hacer por mar, se le dispondría un puente de ballenas y tortugas, y al hombre encargó que fuese entonando una cancion que él mismo le enseñó. Decían los Mexicanos que aquel había sido el origen de la música y de los bailes con que celebraban las fiestas de los dioses: que del sacrificio que hicieron á los héroes con las codornices, se derivó el que ellos hacian diariamente de estos pájaros al sol; y del que hizo *Xolotl* con sus hermanos, los bárbaros holocaustos de víctimas humanas, tan comunes despues en aquellas tierras. Semejante á esta fábula era la que contaban sobre el origen de la luna, á saber: que otro de los hombres que concurren en Teotihuacan, imitando el ejemplo de *Nanahuatzin*, se echó tambien al fuego; pero habiéndose disminuido las llamas, no quedó tan luminoso, y fué transformado en luna. A estos dos númenes consagraron los dos famosos templos erigidos en la llanura de Teotihuacan.

EL DIOS DEL AIRE.

Quetzalcoatl, sierpe armada de plumas. Este era en todas las naciones de Anáhuac el dios del aire. Decían que había sido gran sacerdote de Tula, y que

era hombre blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos grandes, de cabellos negros y largos, de barba poblada; que por honestidad llevaba siempre la ropa larga; que era tan rico, que tenía palacios de plata y de piedras preciosas; que era muy industrioso, pues había inventado el arte de fundir los metales y de labrar las piedras; que era muy sabio y prudente, como lo daban á entender las leyes que había dado á los hombres, y sobre todo, su vida era austera y ejemplar; que cuando quería publicar alguna ley, mandaba al monte Tzatzitepec (monte de clamores), cerca de Tula, un pregonero cuya voz se oía á trescientas millas de distancia; que en su tiempo crecía el maíz tan abundante, que con una mazorca había bastante para la carga de un hombre; que las calabazas eran tan largas como el cuerpo humano; que no era necesario teñir el algodón, pues nacía de todos colores, y que todos los demás frutos y granos eran de correspondiente grandeza y abundancia; que en la misma época había una muchedumbre increíble de aves bellísimas y canoras; que todos sus súbditos eran ricos: en una palabra, los Mexicanos creían que el pontificado de Quetzalcoatl, había sido tan feliz, como los griegos fingían el reino de Saturno, al que también fué semejante en el destierro, pues hallándose rodeado de tanta prosperidad, y queriendo Tezcatlipoca, no sé por qué razón, arrojarlo de aquel país, se le apareció en figura de un viejo, y le dijo que la voluntad de los dioses era que pasase al reino de Tlapalla, y al mismo tiempo le presentó una bebida, de la que Quetzalcoatl bebió con esperanza de adquirir por su medio la inmortalidad á que aspiraba; pero apenas la hubo tomado, sintió tan vivos deseos de ir á Tlapalla, que se puso inmediatamente en camino, acompañado de muchos súbditos, los cuales lo fueron obsequiando con músicas durante el viaje. Decían que cerca de la ciudad de Cuauhtitlan, arrojó piedras á un árbol, quedando todas ellas clavadas en el tronco; y que cerca de Tlalnepantla estampó su mano en una piedra, la cual enseñaban los Mexicanos á los españoles despues de la conquista. Cuando llegó á Cholula, lo detuvieron aquellos habitantes y le confiaron las riendas del gobierno. Contribuyó mucho á la estimación que de él hacían los Cholultecas, además de la integridad de su vida y de la suavidad de sus modales, la aversión que mostraba á toda especie de crueldad, tanto que no podía oír hablar de guerra. A él debían los Cholultecas, segun sus tradiciones, el arte de la fundición, en que tanto se distinguieron despues; las leyes con que desde entónces se gobernaron; los ritos y las ceremonias de su religion, y segun otros, el arreglo del tiempo y el calendario.

Despues de haber estado veinte años en Cholula, determinó continuar su viaje al reino imaginario de Tlapallan, conduciendo consigo cuatro nobles y virtuosos jóvenes. En la provincia marítima de Coatzacoalco los despidió, y por su medio mandó decir á los Cholultecas que estuviesen seguros de que dentro de algun tiempo volvería á regirlos y consolarlos. Los Cholultecas dieron á aquellos jóvenes el gobierno, en consideración al cariño que les profesaba Quetzalcoatl, de los cuales unos contaban que había desaparecido, otros que había muerto en la costa. Como quiera que sea, aquel personaje fué consagrado dios por los Toltecas de Cholula, y constituido protector principal de su ciudad, en cuyo centro le construyeron un alto monte, y sobre él un santuario. Otro monte con su templo le fué despues erigido en Tula. De Cholula se propagó su culto por todos aquellos países, donde era venerado como dios del aire. Tenía templos en México y en otros lugares: aun algunas naciones enemigas de Cholula tenían en aquella ciudad templos y sacerdotes dedicados á su culto,

y de todas partes acudían allí gentes en romería, á hacerle oración y á cumplir votos. Los Cholultecas conservaban con suma veneración unas piedrecillas verdes, bien labradas, que decían habían pertenecido á su númen favorito. Los Yucatecos se gloriaban de que sus señores descendían de Quetzalcoatl. Las mujeres estériles se encomendaban á él para obtener la fecundidad. Eran grandes y célebres las fiestas que se le hacían, especialmente en Cholula, en el *Teoxihuítl*, ó año divino, á las que precedía un riguroso ayuno de ochenta días, y espantosas austeridades de los sacerdotes consagrados á su culto. Decían que Quetzalcoatl barria el camino al dios de las aguas, porque en aquellos países precede siempre el viento á la lluvia.

El Dr. Sigüenza creyó que Quetzalcoatl era el apóstol Santo Tomás, que predicó el Evangelio en aquellos países. Publicó esta opinión con erudición exquisita en una obra que, como otras muchas suyas, todas apreciables, se perdió por descuido de sus herederos.¹ En ella comparaba los dos nombres *Didymos* y *Quetzalcoatl*,² los hábitos de aquellos dos personajes, sus doctrinas, sus predicciones; examinaba los sitios por donde transitaron, las trazas que dejaron en ellos, y los portentos que publicaron sus discípulos. Como no he tenido ocasión de examinar aquellos manuscritos, me abstengo de hablar de semejante opinión, á la cual diré, sin embargo, que no puedo conformarme, á pesar del respeto con que miro á su autor, tanto por su sublime ingenio, como por su vasta literatura.

Muchos escritores de las cosas de México han creído que algunos siglos ántes de la llegada de los españoles, había sido predicado el Evangelio en América. Fúndanse en las cruces que se han hallado en diversos sitios y tiempos, en aquellos países, y que parecen hechas ántes de la llegada de los conquistadores;³ en el ayuno de cuarenta días que observaban muchos pueblos del Nuevo Mundo;⁴ en la tradición de la futura llegada de gente extranjera y barbuda,⁵ y en las pisadas humanas, impresas en algunas piedras, que se atribuyen al apóstol Santo Tomás.⁶ Yo no he sido nunca de semejante opinión; pero el examen de este punto exige una obra muy distinta de la presente.

¹ De esta obra de Sigüenza hacen mención Betancourt en su *Teatro Mexicano*, y el Dr. Eguíara en su *Biblioteca Mexicana*.

² Betancourt, comparando los dos nombres de *Didymos* y *Quetzalcoatl*, dice que éste se compone de *Coatl*, gemelo, y de *Quetzalli*, piedra preciosa, y que significa *gemelo precioso*. Pero Torquemada, que sabía perfectamente el mexicano, y que había recibido de los antiguos la interpretación de aquellos nombres, dice que *Quetzalcoatl* quiere decir serpiente armada de plumas. En efecto, *Coatl* significa propiamente serpiente, y *Quetzalli*, pluma verde; así que, solo se aplican metafóricamente al gemelo y á la joya.

³ Son célebres entre otras las cruces de Yucatan, de la Mixteca, de Querétaro, de Tepic y de Tlanquizepec. De la de Yucatan habla el P. Cogolludo, franciscano, en el libro II, cap. XII de su Historia. De la de la Mixteca, el P. Burgoa, dominicano, en su Crónica, y Boturini en su obra. De la de Querétaro escribió un religioso franciscano del colegio de *Propaganda* de aquella ciudad, y de la de Tepic, el docto jesuita Sigismundo Tarabal, cuyos manuscritos se conservan en el colegio de jesuitas de Guadalajara. La de Tlanquizepec fué descubierta por Boturini, que habla de ella en su obra. Las cruces de Yucatan eran adoradas por aquellos habitantes, en virtud, segun dicen, de las doctrinas de su profeta Chilam, Cambal, el cual les dijo que cuando viniesen de Levante ciertos hombres barbudos, y los viesen adorar aquel leño, abrazarian su doctrina. De todos estos monumentos hablaré en la Historia Eclesiástica de México, si Dios favorece mis designios.

⁴ El ayuno de cuarenta días no prueba nada; pues igualmente se observaba el de tres, cuatro, cinco, veinte, ochenta, ciento sesenta días, y aun el de cuatro años, como despues veremos: el de cuarenta días no era el más comun.

⁵ En el libro V he dicho mi opinión sobre los presagios de la llegada de los españoles. Si se han realizado las profecías de Chilam, Cambal, pudo, sin ser cristiano, estar iluminado por Dios para anunciar el cristianismo, como Balaam lo fué para anunciar el nacimiento del Redentor.

⁶ También se encuentran impresas en la piedra pisadas de animales. No se sabe qué objeto se propusieron los que se dedicaron á esculpir estas representaciones.